

tiene por un valiente, y el último, al decirse artista, se cree un hombre genial; y no cabe duda que se puede ser médico malo, diplomático tonto, militar tímido y sin valor, y artista que no tenga ninguna genialidad».

El trabajo intelectual es una clase de trabajo, y el que se dedica a él es un trabajador intelectual, quiéranlo o no lo quieran nuestras clases pudientes.

Esta es una idea que no cabe en la burguesía española y que procede de un fondo de odio a la distinción, un tanto bajo y plebeyo.

Eso de que alguien quiera separarse del rebaño y formar su vida a su modo es algo que produce gran cólera entre nuestra burguesía. La pretensión se considera como una ofensa.

De aquí ha venido que entre el vulgo burgués se quiera considerar intelectual como sinónimo de pedante, y de que hace unos años un estólido sainetero madrileño quisiera hacer sinónimas la palabra esteta y la de invertido.

He hablado de este concepto de intelectual en nuestra burguesía para que se vea cómo ella ha estado siempre muy al unísono con la política española y con la mentalidad de nuestros políticos.

### *La dificultad de la vida*

En este mundo estrecho y sin salidas, yo tuve el atrevimiento, como otros muchos jóvenes, de querer abrirme camino libremente y de vivir con independencia. Era una locura.

Primero fui médico de aldea. La vida era difícil en el campo. Se ganaba demasiado poco; además, yo no tenía bastante energía física para andar constantemente por los caminos, de noche y de día, resistiendo lluvias y nieves. Estuve muchas veces reumático. Luego, por un azar de la suerte, fui a Madrid; me hice panadero; después ensayé el ser negociante y periodista; y por último, ya resignado, comprendiendo que por el esfuerzo propio no se llegaba a ninguna parte, comencé a ser novelista para emplear mi actividad en algo, aunque sin esperanza de éxito ni de eficacia.

Ganando poco, reduciendo la vida al mínimo, sin intentar nada activo ni tener relaciones en la vida social, he ido marchando mal que bien.

Inadaptado al ambiente, he vivido un poco solitario, lo que quizá ha exacerbado mi descontento. No es raro, pues, que yo haya hablado mal de todo lo próximo a mí y bien de lo más lejano; no es raro que haya sido anticatólico, antimonárquico y antilatino, por haber vivido en un país latino, monárquico y católico que se descomponía y en donde las viejas pragmáticas de la vida, a base de latinismo y de sentido monárquico y católico, no servían más que de elemento decorativo.

No es raro que haya sido abominador de la oratoria y de la retórica en un pueblo como el español, sobresaturado de retórica y oratoria, que no le permiten ver la realidad.

Tomar las frases retóricas como hechos costumados es condición muy meridional. Hay español a quien no le molesta que le digan en el extranjero que su patria ha sido cruel e inhumana; que no le sorprende que afirmen que no produce cultura científica y filosófica, y que se satisface al leer en un discurso diplomático que llaman a España la noble nación.

A mí, en cambio, esto me fastidia, porque creo que no se llama nunca a una nación noble nación, o a un hombre caballeresco, más que cuando una u otra no sirven para nada. A Roma en su esplendor antiguo, o a Inglaterra en el siglo XIX, no se las calificó nunca de nobles naciones; por el contrario, se las motejó de pérfidas y de egoístas. A Darwin o a Pasteur no se le ha ocurrido a nadie llamarlos caballerescos.

### *La continuidad de la raza*

En el pueblecillo vasco donde estuve yo de médico y comencé a tener dolores reumáticos comprendí, observándome a mí mismo, que había dentro de mi espíritu, como dormido, un elemento de raza que no había despertado aún.

Durante mi infancia viví, hasta los siete u ocho años, en el país vasco; pero luego, al comenzar la juventud, fui a Madrid, después a Valencia, y mis recuerdos de la primera edad referentes a la tierra natal se esfumaron y desaparecieron.

Al volver, ya de hombre, al pueblo guipuzcoano donde comencé a ejercer de médico, sentí cómo el ambiente físico de mi país, y algo también del moral, me iba envolviendo, y cómo recogía poco a poco este rastro perdido de la raza.

En esa época de médico de pueblo, en que viví solitario y tuve que andar de día y de noche por los caminos, pensé vagamente en escribir sobre mi país y en hablar de sus paisajes y de sus hombres.

### *La supuesta generación de 1898*

Quizá algunos de vosotros, como estudiantes de literatura española, habréis leído que en la época actual hay en España una generación de escritores, la generación de 1898, y que yo pertenezco a ella.

Existe siempre un afán de reunir, de dar aire de grupo y de escuela a lo que naturalmente no lo tiene de por sí.

Además, en España nunca ha habido escuelas bien definidas; en parte, por no haber tenido ciudades densas; en parte, por individualismo y por vivir también en la periferia de la gran civilización del Occidente europeo.

Yo no creo que haya habido ni que haya una generación de 1898. Si la hay, yo no pertenezco a ella.

En 1898 yo no había publicado apenas nada, ni era conocido, ni tenía el más pequeño nombre. Mi primer libro, *Vidas sombrías*, apareció en 1900.

No me ha parecido nunca uno de los aciertos de *Astorian*, el bautizador y casi el inventor de esa generación, el de asociar los nombres de unos cuantos escritores a una fecha de derrota del país, en la cual ellos no tuvieron la menor parte.

Con 1898, época del desastre colonial español, yo no me encuentro tener relación alguna.

Ni yo colaboré en ella, ni tuve influencia en ella, ni cobré ningún sueldo de los Gobiernos de aquel tiempo, ni de los que les han sucedido.

La verdadera gente de 1898 fueron los políticos Sagasta, Montero Ríos, Moret, Maura, Romanones, García Prieto, y los escritores y artistas Galdós, Castelar, Echegaray, Valera, Núñez de Arce, Letamendi, el Dr. Simarro, el pintor Pradilla, los dramaturgos Sellés y Cano, los actores Calvo y Vico y hasta los toreros Lagartijo y Frasuelo... Nosotros, no.

Toda aquella gente, la mayoría de una vanidad morbosa, de una megalomanía patológica, se declaró inmortal a sí misma, y España está llena de estatuas de hombres ilustres, de calles dedicadas a ellos, algunos de los cuales ya ni se conocen ni se sabe quiénes fueron. Así en Córdoba, en donde no hay una estatua de Séneca, de Lucaño ni de Averroes, la hay del señor Barroso.

Alguno de vosotros quizá preguntará: ¿Qué hizo el señor Barroso para tener una estatua en Córdoba? Hizo lo mismo que pudo hacer el conde de Romanones en Guadalajara, Montero Ríos en Santiago de Galicia, Moret en Cádiz, Sagasta en Logroño, Cánovas en Madrid, Calbetón en Deva y uno boticario llamado Camo en Huesca, que, al parecer, era gran cacique y mufidor electoral, y quizá un buen fabricante de ungüentos y de sinapismos.